



## EL LLANTO DE LA ENCINA

Con razón el paisaje se despierta  
de su temblor de encinas,  
perdiendo en el bucólico latido,  
la sombra del rebaño por la pena.  
Sabe a esparto y candil que no se acaban  
el llanto de ese chozo que se pierde,  
al alba de su ronda con la espiga,  
por convertirse en realidad dorada.  
El signo de los tiempos, fría muerte,  
sabor de excavadora y agonía,  
— escribiendo una ausencia necesaria —

para acabar la milenaria encina,  
que deja en la orfandad a tu paisaje.  
Terminan con tu vida y sin talarte,  
ni el leñador siquiera.  
Aunque lo mismo da la muerte, si es la  
muerte. La muerte nos da igual,  
las dos maneras, es signo de morir  
color ocaso, en tu incierto final  
de triste espera.

(Con qué luto en el lienzo pintarían,  
Eugenio Hermoso y Covarsi si hubieran,  
de robar los pinceles a la tarde  
volviendo la cabeza.)

¿Merecería la pena ser artista  
en la ausencia de la encina?  
¿Dibujarían con amor la misma égloga?  
Retratarían al pastor en la colina  
tañendo sus canciones de su calor  
ya huérfanas?  
¿Vivirían? No lo sé.  
Mejor es no pensarlo  
Con el dolor de mil encinas muertas.

José ALVAREZ PEREZ

